

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

SECCION OFICIAL

Celebró nuestra Academia sesión privada, el próximo pasado domingo bajo la presidencia del Dr. D. Narciso Pla y Deniel, empezando con las preces de costumbre á las 10 y $\frac{1}{4}$. El Secretario D. José M.^a de Olalde, leyó el acta de la Sesión anterior que fué unánimemente aprobada. Dió el Presidente cuenta del telegrama de felicitación enviado por el Director de la Academia á S. S., en el día del Jubileo Episcopal, y por conducto del Cardenal Secretario de Estado, y de la respuesta y Bendición Apostólica, comunicadas por el mismo autorizadísimo conducto, y de cuyos documentos, añadió, tienen ya conocimiento los señores Académicos, por haberse insertado en el anterior Número de la Revista.

El Académico de Número D. Enrique Tuyet, manifestó que desistía de presentar la proposición anunciada en la Sesión anterior, por haber explorado el ánimo de varios señores Académicos, y haber hallado que era poco favorable á la modificación del Reglamento que en aquélla debía solicitarse.

El Numerario D. Alejandro Tornero hizo una excitación á sus Compañeros de Academia, para que contribuyeran al fomento de la Biblioteca académica, haciendo el donativo de una ó más obras, con lo cual se lograría tener á disposición de los Académicos una regular Biblioteca, sin disminuir los fondos de la Academia. Aprobada la idea por el Sr. Presidente, en nombre de la Junta Directiva, y pedida la palabra por el Sr. Burgada Juliá, manifestó éste que en calidad de Bibliotecario aplaudía sinceramente la manifestación hecha por el Sr. Tornero, ya que deseaba como el que más el fomento de la naciente Biblioteca. Añadió que él mismo había pensado más de una vez dirigir igual excitación á los señores Académicos, y que se había limitado á hablar de ello á algunos privadamente, por considerar que el local de la Academia es poco á propósito para la instalación de una Biblioteca; pero que de todas maneras miraría, como Bibliotecario que era, de instalar los libros que se le entregaran en las mejores condiciones posibles.

Entrando en la discusión pendiente, el Sr. Presidente concedió la palabra al Académico José M.^a de Olalde, que la tenía pedida para contestar al ponente Sr. Comas, D. Casimiro.

Después de breves frases encaminadas á rebatir en grandes rasgos los argumentos aducidos por la ponencia, empezó el Sr. de Olalde á

tratar la pena de muerte; citó diversas definiciones de la pena, sacadas de filósofos como Platón, Ulpiano, San Agustín, Groesa, Becharia, Pacheco, Silvela, etc..., analizando el sentido de las mismas. Consideró que la pena encierra tres diversas acepciones, una general, otra especial y una tercera especialísima, siendo ésta la que la sociedad ultrajada impone al culpable por la comisión del hecho punible. Dedujo de las definiciones que de la pena dan criminalistas tan célebres como Mancini, Montesquieu, Pastoret, Romagnosi, que de ellas se desprende como idea predominante, la venganza. Pasó inmediatamente al análisis de las condiciones inherentes á toda pena, citando como principales, la de ser justa, punitiva, correctora, ejemplar y reparadora, sacando de dicho estudio, como consecuencia, que la pena de muerte no encierra estas condiciones; pues no es pena justa, aquella que para su aplicación está sujeta al juego de las circunstancias modificativas de responsabilidad, que se contienen en los artículos 8, 9 y 10 del Código Penal. Tampoco castiga, desde el instante que el castigo supone sufrimiento continuo, y la muerte acarrea la extinción de todo sufrimiento; no es correctora, pues no se puede lograr la corrección de quien se mata, y así sucesivamente fué tratando las demás condiciones. Para apoyar que la pena de muerte había sido condenada indirectamente por la Religión, citó una multitud de textos sagrados contenidos en el Génesis, Levítico, Deuteronomio, Salmos de David, Evangelio, etc..., pasando inmediatamente al estudio de las legislaciones antiguas que la rechazaron. Hizo notar el elocuente caso, de que en los pueblos bárbaros, especialmente en los Francos, Borgoñones, Lombardos, y aún en el Visigodo, se rechazara la pena de muerte, admitiendo el sistema de penas llamado *de la composición*. Al hacer el estudio de la pena históricamente considerada, dijo que en los primeros tiempos la pena encerraba la idea de venganza pública, hecho aún sustentado en las regiones meridionales y centrales del continente africano, siendo sustituida dicha idea en los primeros albores de la Edad media, por la de la composición que á su vez dejó su lugar á la vindicta religiosa, que hoy se llama vindicta pública, cuya base es la intimidación del culpable.

Trató inmediatamente la pena de muerte socialmente considerada, estudiando las causas por que la Sociedad contemporánea la sustenta, causas que atribuyó á un mal disfrazado miedo, con ribetes de venganza; causas insostenibles en el estado actual de las cosas que exige una radical modificación y de la que son ardientes partidarios, los abolicionistas Guizot, Duque de Broglie, Lafayette-Reeder, Artales Carreres, y otros mil ilustres criminalistas. Concluyó, después de indicar los beneficios que adquiere la sociedad, con tener reclusos en sus prisiones á los delincuentes en vez de ajusticiarles, con una estadística demostrativa, de la disminución creciente de criminalidad que se nota en nuestra patria, desde que la pena de muerte tiene escasa aplicación, deseando que lo más prontamente aparezca la aurora que anuncie el día en que quede para siempre abolida esa expiación suprema.

Habló á continuación el Académico Sr. Tuyet, quien también se mostró partidario de la abolición de la pena de muerte. Manifestó en su breve y sustanciosa peroración que tenía bien estudiado el asunto, y adujo los principales argumentos á que se atienen los partidarios de la escuela correccionalista.

A entrambos oradores empezó á contestar el ponente D. Casimiro Comas; pero, pasada la hora reglamentaria, y habiendo manifestado que debía ser algo extenso en la refutación de los argumentos que en contra de la tesis se habian expuesto, el Presidente levantó la sesión á las 12 y cinco minutos, recitando luego el P. Director las preces de costumbre.

Barcelona 7 de Marzo de 1893

El Vicesecretario,
SANTIAGO COMAS.

Se suplica á los señores Académicos la asistencia á la Comunion general que, según Reglamento, debe celebrarse el día de Jueves Santo, en la iglesia del Colegio de las Escuelas Pías, y que tendrá lugar en la Misa solemne que empezará á las diez de la mañana.

La Academia Calasancia dedicará á la Soledad de la Virgen una *tarde sacra*, que empezará á las cuatro de la tarde del Viernes Santo, en la misma iglesia de los PP. Escolapios, y á la cual podrán asistir las familias de los señores Académicos.

Barcelona 12 de Marzo de 1893.

El Secretario,
JOSÉ M.^o DE OLALDE.

Sesión pública del día 12 de Marzo de 1893.

Celebróse en el día calendado sesión pública, en honor de Sto. Tomás de Aquino, y en cumplimiento del Art. 64 del Reglamento. Alternaban en la Presidencia con el M. Rdo. Provincial de las Escuelas Pías y RR. PP. Rectores de este Colegio y del de Copiapó de Chile, los individuos de la Junta Directiva y los Catedráticos D. Delfin Donadío, don Magín Fábrega y D. Antonio Martínez, el Canónigo Sr. Casanovas y el Rdo. D. Angel Morlá. La concurrencia muy selecta, y más numerosa de lo que consienten el espacioso Salón y las piezas al mismo contiguas.

Ejecutóse con puntualidad el siguiente

PROGRAMA

1.^o Acta de la Sesión anterior.—2.^o *Polonesa para piano*, op. 26; ejecutada por el Académico M. Vinyas.—*De Chopin*.—3.^o *Soneto en honor de Santo Tomás de Aquino*: compuesto por J. C., y recitado por el aspirante D. Pablo Frexas.—4.^o *La Madre*: Poesía de J. C., recitada por el aspirante D. Juan Almirall.—5.^o *El fin del mundo*: crítica de la teoría que lo considera próximo. Discurso por el Académico de Número don Jacinto Bognuá.—6.^o *Libro Santo*, para canto con acompañamiento de violín y piano, por los Académicos D. Alvaro Camín, D. Jorge de Satrústegui y el Sr. D. Francisco Mateu.—*De Pinsutti*.—7.^o *Una lágrima*: poesía del Académico M. Portería, recitada por el aspirante D. Félix Martínez.—8.^o *El huérfano*: poesía del Académico R. O., recitada por el Académico D. Mario Arnal.—9.^o *El Reporter*: composición literaria por el Académico de Número D. Juan Gui.—10. *La obrera*: poesía del Académico D. Claudio Planas, recitada por el Académico de Número don Joaquín Baró.—11. *Lohengrin*, pieza para violín con acompañamiento de piano por el Académico de Número D. Jorge de Satrústegui y don

Francisco Mateu.—*De Wagner*.—12. *Lo ofrecido es deuda*: poesía festiva del Académico de Número D. Alejandro Tornero.—13. *Influencia histórica de la filosofía escolástica*. Discurso por el Académico de Número Dr. D. José María Ventura.—14. *De Murcia al cielo*—Fragmento del poema de D. José Zorrilla.—Lectura y recitado al piano por el Académico de Número D. Alfredo Elías.—15. *Gran fantasía* sobre motivos españoles para piano á cuatro manos, por los Académicos D. Mariano Vinyas y D. Ignacio Gavín.—*De Gevaert*.

Los aspirantes D. Pablo Frexas, D. Juan Almirall y D. Félix Martínez recitaron las poesías con notable despejo y apropiada entonación, siendo muy aplaudidos, particularmente el segundo, que se manifestó muy posesionado del asunto. D. Mario Arnal puso de manifiesto con su timbrada voz las bellezas que contiene la poesía *El huérfano*, y el Numerario D. Joaquín Baró, realzó con su lectura la hermosa y sentida poesía catalana *La obrera*, una de las mejores del Académico don Claudio Planas. Los aplausos interminables que arrancó el Numerario D. Alejandro Tornero con su poesía festiva *Lo ofrecido es deuda*, le obligaron á volver á la tribuna, recitando con igual éxito otra poesía suya titulada *Cuento de mi tierra*. El Académico D. Alfredo Elías, leyendo un fragmento del poema *De Murcia al cielo*, y recitando parte de él con acompañamiento de piano, puso de manifiesto sus excepcionales cualidades para la lectura y recitación, obteniendo aplausos estrepetosos. El acompañamiento al piano era obra del Sr. Mateu.

Muy aplaudida fué también la composición literaria del Académico D. Juan Gui, pintando con buen colorido el tipo del *reporter* moderno. Más de una vez fué interrumpido por los aplausos del auditorio.

El Académico D. Jacinto Boguñá, al rebatir la teoría que considera próximo el fin del mundo, se hizo aplaudir por su entonación vigorosa y por el acierto con que trató tan delicado asunto. El Numerario doctor D. José María Ventura, exponiendo la génesis y desenvolvimiento de la filosofía escolástica, y el puesto de honor que entre los escolásticos ocupa Sto. Tomás de Aquino, manifestó haber hecho un estudio concienzudo de la materia, y por la maestría con que desarrolló su tema, y por la elocuencia con que disertó, logró ser muy aplaudido por los oyentes, y después calurosamente felicitado.

Todos los números de la parte musical alcanzaron una ejecución digna de los aplausos que prodigó el público á los jóvenes artistas. El Académico D. Jorge de Satrústegui se distinguió por su dicción esmerada y por el tono de distinción que caracteriza su frase musical. El Sr. Vinyas fué también muy aplaudido por el dominio que ejerce sobre su difícil instrumento, y el Sr. Camín por el timbre grato y sonoro de su potente voz, que moduló con facilidad extraordinaria.

Barcelona 13 de Marzo de 1893

El Secretario Accidental,
BARTOLOMÉ CANALS.

CONVOCATORIA

El próximo Domingo, día 19 de los corrientes, celebrará la Academia sesión privada ordinaria, en la que se continuará la discusión pendiente sobre la pena de muerte. Se suplica á los Señores Académicos la más puntual asistencia.

Barcelona 13 de Marzo de 1893.

El Secretario,
JOSÉ M.^a DE OLALDE.

REVISTA DE LA QUINCENA

Otra vez ha sido puesta sobre el tapete la cuestión del templo protestante de la calle de la Beneficencia de Madrid. Los pastores protestantes, que ya en otra ocasión anunciaron su apertura, poco antes de la caída del Gobierno conservador, y tuvieron que desistir de su empeño, han vuelto á intentar abrir su Capilla al culto público, convocando por medio de *El Globo* á sus fanáticos adeptos, que concurrieron días atrás, al reclamo del Diaríó posibilista, para dar solemnidad al acto. Mas también esta vez se vieron contrariados en su intento, pues poco antes de la hora señalada les llegó una intimación del Gobernador Civil para que se guardaran de verificar la anunciada apertura. Lo cual significa que pretendieron sorprender al Gobierno fusionista, como antes habían querido sorprender al Conservador, dando con ello muestra bien significativa del poco respeto que los tales disidentes profesan á las leyes de la Nación y á los Poderes constituidos. El punible proceder que observaron en las postrimerías del Gobierno de Cánovas, no fué debidamente corregido por las Autoridades encargadas de hacer cumplir los preceptos constitucionales; y aquella lenidad ha alentado á los protestantes á que por segunda vez hayan tanteado transformar la tolerancia religiosa, establecida en nuestras leyes, en libertad de Cultos, opuesta á la Constitución del Estado.

Y no sólo es de lamentar la lenidad con que son tratados los que así procuran burlar el cumplimiento de la ley, sino que algunos Diarios de la Corte han afirmado, que la suspensión de la apertura del templo protestante tenía un carácter transitorio, y que á no tardar, el Gobierno otorgará el permiso de abrir al culto público el templo de la calle de la Beneficencia. Quiera Dios que no se añada este nuevo motivo de perturbación social á los muchos que ennegrecen el horizonte de la política española. Porque debe el Gobierno tener entendido que los católicos no podemos en manera alguna transigir con la infracción del precepto constitucional que trata algunos de llevar á efecto, implantando escandalosamente la libertad de cultos, sólo porque así lo quieren y lo solicitan unos cuantos apóstatas y algunos extranjeros. Cuantos recursos la ley nos conceda, hemos de utilizarlos los católicos, para que no prevalezca y forme jurisprudencia la autorización con que se nos amenaza, llevando nuestra acción opositorista hasta los últimos extremos.

Causa admiración á cuantos en Roma siguen con atención el curso de las fiestas jubilares, la salud robustísima y la fortaleza física de que disfruta nuestro Santísimo Padre León XIII. A pesar de sus 83 años cumplidos, está desplegando desde hace un mes una actividad tan extraordinaria, que pocos jóvenes podrían hacer ostentación de ella. Presidiendo imponentes solemnidades, dando frecuentísimas Audiencias, pronunciando extensas y graves Alocuciones, conferenciando con Diplomáticos de diversos países, con Dignatarios eclesiásticos y civiles de todas las Naciones cristianas, León XIII, está demostrando que su alma y su cuerpo se mantienen vigorosos, y que puede la Iglesia Católica y la cristiandad toda prometerse todavía una larga continuación del Pontificado más glorioso que registra la historia desde Inocencio III. Admiráronse días atrás los ingleses, de que el *Gran Anciano*, Gladstone, á pesar de contar 83 años, hubiera podido dar lectura á todo el proyecto del *Home Rule* que presentaba á la Cámara; pero ¿qué es ese trabajo tranquilo de pocas horas, comparado con el improbo trabajo que desde hace un mes soporta el *Gran Anciano* del Vaticano, coetáneo del Estadista inglés? Y con todo, la salud de León XIII no se ha resentido en lo más mínimo, y como verán nuestros lectores, en otra parte de este Número, todavía le quedan á S. S. tiempo, fuerzas y humor para componer himnos latinos.

*
* *

También ha publicado recientemente el Papa una soberbia Encíclica dirigida á los Obispos del Véneto, contra el proyecto de Matrimonio Civil confeccionado por el Gobierno italiano, y contrario en absoluto á los derechos de la Iglesia. En ese proyecto se legisla sobre el Matrimonio sin consideración alguna á la ley canónica, se prescinde por completo del carácter sagrado del contrato matrimonial, se establece que el Matrimonio Civil preceda al canónico, el cual queda relegado á una pura ceremonia religiosa, y se conmina con penas severísimas á los Párrocos que bendigan el Matrimonio de sus feligreses que no estén ya conyugados civilmente. Esta secularización de la fuente de la vida humana, no puede ser en manera alguna consentida por la Iglesia católica; y el empeño del Gobierno italiano tendrá necesariamente que ahondar el abismo que separa al Quirinal del Vaticano. Desgraciadamente, la reacción católica que la sabia táctica de León XIII está operando en Italia, no es aún bastante potente para detener al Gobierno de Giolitti en su desatentada carrera; pero sí que ha logrado el Papa prestigio bastante ante la opinión pública, para mantener en Italia viva la protesta contra esa ley anticatólica, y lograr, á pesar de la tiranía del Estado masónico, que no prevalezca en las costumbres de los católicos. O el Gobierno cederá en su empeño secularizador, limitando la obligación del Ma-

rimonio Civil á los no católicos, ó la Iglesia va á ser víctima en Italia de un *Kultur Kampf* que ocasionará una perturbación muy honda, perjudicial en último caso á los intereses del Estado. Diversas fórmulas han prevalecido en Europa, de un siglo á esta parte, destinadas á armonizar los derechos del Estado y de la Iglesia en la celebración del contrato matrimonial, y fácil le sería al Gobierno italiano apelar á una fórmula conciliatoria que impidiera el conflicto religioso, que el proyecto de ley ha de promover necesariamente, si es por las Cámaras aprobado y sancionado por la Corona. Ahí tiene la fórmula que rige en España, y que al parecer será adoptada en Hungría; aténgase á ella el Gobierno Giolitti, y verá como la Iglesia lleva su transigencia hasta los límites de lo posible.

UN ACADÉMICO.

¿CUÁL SERÁ LA AFORTUNADA?

Tal es la pregunta que formulan los labios de todos los católicos, ante el peligro, cada día más amenazador y pavoroso, de que estalle la formidable guerra europea, que todos temen y para la cual todas las naciones se preparan, y que, si Dios no lo remedia, ha de cambiar la orientación política de no pocos Estados y modificar más de una frontera. Ninguna nación puede sobrellevar los enormes gastos que la paz armada les impone, y todas lamentan el ruinoso estado de su Hacienda, debido á la costosísima-manutención de los ejércitos y á la continua transformación de los armamentos. Y aunque esos apuros financieros ponen sobre el tapete, con insistencia muy significativa, la cuestión del desarme europeo, ningun Estado se atreve á tomar la iniciativa en esta medida salvadora, temiendo todos que el ejemplo plausible que intentaran dar á los restantes, les llevara á la pérdida irreparable de su independencia.

Las frecuentes entrevistas de los Soberanos más poderosos de Europa, lejos de preparar el suspirado desarme, tienen siempre por objeto único asegurarse valiosas alianzas para el día en que estalle el conflicto; y ese empeño en promover y afianzar nuevas alianzas, es indicio del temor que las grandes Potencias mutuamente se inspiran, y de la facilidad con que á la hora más impensada puede perturbarse la paz europea.

Pero es indudable que la Italia es la nación que más experimenta los funestos resultados de la paz armada, porque su empeño de presentarse como Potencia de primer orden, la ha impulsado á la formación de un brillante Ejército y de una formidable Escuadra, que han puesto su Hacienda en un estado lastimosísi-

mo. Dominada esa Península por la Francmasonería, y dirigiendo toda su política á asegurarse en la ocupación de Roma, ha creído que la mejor garantía contra las reclamaciones de la Santa Sede, podían dársela Alemania y Austria-Hungría, y sacrificándolo todo á la posesión de la Capital del Catolicismo, y al cautiverio del Pontífice Romano, ha formado con aquellas dos Naciones la *triplice alianza*, comprometiéndose á sostener un Ejército y una Escuadra, que serian una carga muy onerosa para naciones mucho más ricas, y que á ella la tienen empobrecida y aniquilada.

Si la actual complicación política pone en circunstancias difíciles á los Estados europeos, hace del todo imposible la situación de Italia. Ni puede esta Nación apelar al desarme, ni puede salirse de la triple alianza, ni puede mantener su enorme presupuesto de Guerra y Marina. Para ella es una necesidad imprescindible la guerra que debe poner fin á la paz armada. A la Italia le será imposible la neutralidad en el próximo conflicto europeo. Para tomar parte en esa contienda, ha impuesto á los pueblos los sacrificios costosísimos que no pueden sobrellevar por más tiempo.

Y aquí de la pregunta que nos ha servido de tema. Envuelta la Italia en los horrores de una guerra europea, imposible de todo punto será la permanencia del Papa en el Vaticano. Si Italia queda victoriosa, lo cual dudamos mucho, se empeñará en último sus planes acerca de la Santa Sede, expulsando de la Roma Pontificia al Sucesor de San Pedro, y elevando la Capital del Catolicismo á la categoría de Capital del Liberalismo masónico. Si Italia queda vencida en la próxima lucha, y esto es lo más probable, los palacios apostólicos del Vaticano serán invadidos por las turbas concitadas por las logias contra el Papa, serán saqueados los Museos, profanada la Basílica de San Pedro, y el Augusto Pontífice, si puede evadirse de las furias revolucionarias, tendrá que tomar el camino del destierro. El Cuerpo diplomático no podría evitar los atropellos del Vicario de Cristo, el día en que la Francmasonería pudiera realizar sus nefandos planes, como no ha podido evitarlos *en otras ocasiones*. El Papa no podrá continuar en Roma el día en que estalle la guerra europea; tendrá que tomar el bordón del peregrino y pedir hospitalidad á alguna nación que garantice la seguridad de su Persona y el libre ejercicio de su ministerio. *¿Y cuál será la afortunada?*

Es indudable que alguna Nación no católica, aspiraría al honor de tener por huésped al Jefe Augusto del Catolicismo, siquiera por egoísmo nacional y hasta para fomentar su influencia política y sus intereses materiales. No habría de serle difícil al Romano Pontífice hallar hospitalidad digna y asilo seguro en los dominios de la Protestante Inglaterra, Pero abrigamos la convicción íntima de que el Jefe de 200 millones de católicos no con-

sentirá en ser huésped de una Nación enemiga del Catolicismo. Sería esa situación bochornosa para la Iglesia católica, y nadie más empeñado en mirar por el decoro de la Iglesia que el Vicario de Jesucristo.

El Papa se acogería á la bandera de una nación católica, *¿Y cuál sería la afortunada?* Porque es seguro que todas ellas procurarían á porfía hospedar, agasajar y consolar al ilustre Proscrito: todas aspirarían á ser centro del movimiento católico; todas querrían honrarse con la custodia y defensa del Soberano más augusto, á quien llaman Padre 200 millones de cristianos. Francia y Austria tendrían que renunciar á ese honor, porque ambas se hallarían complicadas en los acaecimientos belicócos, y probablemente serían teatro de batallas sangrientas. Bélgica, aunque se proponga observar una neutralidad absoluta, no podría evitar el paso de ejércitos extranjeros que tal vez la crucen en todas direcciones. Portugal atraviesa una crisis peligrosa y las corrientes democráticas allí dominantes la hacen muy poco á propósito para ofrecer al Vicario de Jesucristo una hospitalidad soportable.

Ninguna nación se halla en condiciones tan ventajosas como nuestra patria, para albergar al Pontífice Augusto fugitivo de Roma. Nuestros hombres de Estado han comprendido que la Nación española debe permanecer neutral en caso de un conflicto europeo, ya que las cuestiones que han de ventilar las grandes Potencias en los campos de batalla no afectan á nuestros intereses nacionales. Además el estado de nuestro Ejército y de nuestro Erario no nos permite desempeñar un papel airoso, y en armonía con nuestros gloriosos antecedentes, en la próxima guerra europea. La situación geográfica de nuestra Península favorece la neutralidad que el patriotismo aconseja. Por ende, podría muy bien el Papa, al abandonar á Roma, ó al ser lanzado brutalmente de ella, hallar en nuestro suelo una hospitalidad segura, que pocas naciones podrían brindarle. Sobre todo eso, aquí se hallaría en medio de un pueblo sinceramente católico, decididamente adicto á la Santa Sede, que sucumbiría bajo sus propias ruinas, antes de consentir que nación alguna viniera á perturbar al ilustre Huésped, que se había confiado á su caballerosidad y catolicismo.

No hay que poner en duda el hecho, demasiadamente cierto, de que existen en España algunos libre-pensadores, capaces de intentar la perturbación del orden, para hacer imposible la permanencia del Papa en nuestra católica Nación. Pero semejantes hombres se verían contenidos por la actitud resuelta de la inmensa mayoría de los españoles, que son caballeros católicos. El entusiasmo delirante que en el pueblo español excitaría la llegada del Vicario de Jesucristo, impondría á los poquíssimos españoles que son enemigos de la Santa Sede. El Papa podría desde el primer

momento de su llegada á este país nobilísimo, disponer de un ejército de voluntarios españoles, tan numeroso como fuera conveniente, y compuesto todo él de creyentes que darían gustosos su sangre y su vida por la defensa del augusto Jefe del Catolicismo. O España quedaria borrada del Mapa de las naciones europeas, ó el Pontífice Romano hallaría en ella hospitalidad segura y agradable. Sólo puede dudar de eso, quien desconozca el carácter de nuestro pueblo.

L. DE P.

DOS POLÍTICAS

El más ilustre de los hijos del Valle de la Serena, el principe de nuestros oradores parlamentarios modernos, el inmortal don Juan Donoso Cortés, en un memorable discurso, quizás el más elocuente que emitieron sus labios, preciosas llaves de una palabra inspiradísima, afirmaba incidentalmente que el papel de diablo era el representado de bastante tiempo acá (cualquiera puede precisar la fecha) por la nación francesa en la moderna evolución del derecho público; al paso que la Gran Bretaña actuaba generalmente de predicador en los movimientos políticos de la Europa, y aún del mundo civilizado.

Si la Parca fatal no hubiera cortado tempranamente el hilo de aquella bien aprovechada vida, y Donoso pudiera dejar oír su palabra en esta mísera tierra, estamos seguros que se confirmaría plenamente en los anteriores conceptos, como vería también realizados algunos hechos que proféticamente vislumbró.

Desde la hora infausta en que la nación francesa, la históricamente archicatólica Francia, la que con orgullo se apellidaba Hija primogénita de la Iglesia de Cristo, consintió cobardemente en que se destronaran sus tradiciones cristianas, que se profanaran sus altares, que se conculcaran sus leyes, que se pisotearan sus sentimientos, que el bondadoso vástago de los Capetos fuera bárbaramente sacrificado; desde la hora infausta en que la demagogia, como las Furias del paganismo, coronada de serpientes, corrió todos sus ámbitos, desde los Pirineos á Calais, desde los Vosgos al Atlántico, marcando con borrón inestinguible su veneranda frente, sombreada por laureles conquistados en tiempos más felices; desde el día de lúgubre memoria en que la cobardía de Vergniaud y de Brissot cedió á la osadía de los franciscanos, y largos regueros de sangre cruzaron el suelo de las Galias; háse apoderado de sus destinos, después de un largo periodo de indecisiones, una turba de sectarios, esa turba que acaudillan los Floquet, Brissot, Royer, Freycinet, Goblet y Jules

Ferry, que atentos sólo á su bienestar material, monopolizando las honradas simpatías que siente el pueblo francés por determinadas formas de gobierno, en beneficio propio y de bastardos fines, y principalmente cegados por el odio que al Catolicismo profesan, olvidan muchas veces el interés nacional y aún el individual, satisfechos de entorpecer y contrariar la salvadora acción de la mística Esposa del Cordero. La Providencia castiga á veces los pecados de las naciones y la apatía de los buenos, dándoles gobiernos malos.

Tal es la política francesa, á la que hoy más que nunca es á las mil maravillas apropiado el dictado de *diablo* ó diabólica, con que la bautizó el marqués de Valdegamas.

La política del *Foreign-Office*, por el contrario, fría, intencionada, maquiavélica, egoísta, es, sin embargo, verdaderamente *predicadora*, es decir, conservadora. Sin buscar su inspiración en la fe, ni distinguirse por su sumisión al Pontificado, sin perseguir fines superiores á los puramente terrenos y materiales, comprende perfectamente la necesidad de un poder moral, cuya influencia de índole superior, obrando sobre las conciencias, asegure el orden y la tranquilidad y paz sociales por modo mucho más eficaz que las bayonetas y cañones, base harto costosa é insegura para el sostenimiento de aquéllos. Convencida de esta necesidad la diplomacia bretona, busca con solicitud orientaciones saludables, y á pesar de su anglicanismo oficial, resultado de su casi reciente historia de encarnizadas luchas religiosas, herejías y crímenes políticos, largos de relatar, procura con empeño conservar sus amistosas relaciones con el Vaticano, tratando benévola y complacientemente á sus numerosos súbditos católicos. Y es que sobre su antipapismo tradicional está su gran sentido práctico, aquella madurez de juicio proverbial en la raza sajona, que de su accidentada historia ha sabido deducir provechosas y fructíferas experiencias.

Y no se crea que seamos de los últimos en reconocer cuán repulsivo y antipático es en algunas ocasiones, á los que no hemos nacido en la nebulosa Albión, ni en sus dominios, ese egoísmo avasallador que todo lo sacrifica á sus miras, que conquista la India á fuerza de sangre; que ocupa militarmente el Egipto bajo fútiles pretextos; que perturba el Portugal; que retiene una porción de plazas fuertes, como Gibraltar, hollando el principio de la integridad de territorio de las naciones; que interviene, cual mercader metalizado, en las luchas de las Potencias, buscando sólo nuevo botín, nuevas conquistas con que aumentar su poderío.

Ese egoísmo repugnante á los ojos del extranjero, es, sin embargo, examinado con calma, un egoísmo sumamente provechoso á Inglaterra, es, por tanto, un egoísmo en alto grado patriótico: el egoísmo del interés nacional. Ya hemos dicho que la

política de Inglaterra no perseguía fines superiores, que únicamente persigue el Vaticano; busca sólo el interés nacional, fin de todas las diplomacias, y sabe encontrarlo mejor que cualquier otra.

En cambio, si examinamos también sin apasionamiento la política de los gobernantes de París, hemos de convenir que preside á sus actos un egoísmo mucho más repugnante que el inglés: el egoísmo del lucro, de la baja ambición, de la intriguilla; el egoísmo del individuo, no el de la nación. En fin, su patriotismo es el patriotismo fanfarrón y callejero que conocemos con el nombre de *chauvinisme*.

Inglaterra consume hombres y dinero en guerras de conquista, pero á la postre adquiere nuevos territorios, abriéndose mercados y sumando colonias que espansionan su vida y le producen beneficios inapreciables: ejemplo, el Canadá; ejemplo, el Indostan. Francia consume también hombres y dinero en guerras de conquista, para ser á la postre derrotada ignominiosamente: ejemplo, el Tonkin; ó adquirir territorios que ningún beneficio la reportan: ejemplo, el Dahomey.

La pasión sectaria ofusca á los gobernantes de París: la sensatez se sobrepone en Londres al protestantismo de sus estadistas más conspicuos.

La Inglaterra oficial no es católica, pero es cristiana: la Francia oficial no es católica ni cristiana: es anticatólica, es anticristiana.

Tales son las principales diferencias, que tanto en el orden interior como en el internacional, caracterizan la política de las dos grandes Potencias que separa el Canal de la Mancha.

Como católicos y como conservadores (usamos esta palabra en su sentido lato), nos es antipática la política francesa. Como conservadores no podemos menos de aplaudir en muchas ocasiones á la inglesa, la más juiciosa entre las humanas.

* * *

Los efectos causados por ambas políticas, hoy son ya bien palpables. Si no lo demostrara suficientemente lo anteriormente escrito, bastaría que nos fijáramos en dos hechos á la orden del día, para corroborar nuestro aserto: el *affaire* del Panamá y el bill de *The home rule of Ireland*.

Entre el cieno del Panamá han quedado sepultadas una institución y una gloria: la primera institución y la primera gloria de la Francia.

¡Qué ejemplo el de ese Parlamento francés, convicto en la mayoría de sus miembros de venalidad y corrupción escandalosas!

¡Qué lección la de esa gloria, la gloria del *grand français*, condenada á cinco años de prisión y á una multa crecidísima!..

¿Quereis una condenación más abrumadora del radicalismo ateo y corruptor que reina en Francia, que el fallo de los jurados de París?....

Contrastando con estas podredumbres, allá en Inglaterra el gran partido liberal nos ofrece un espectáculo sumamente consolador y hermoso: el espectáculo de la justicia defendiendo los derechos del oprimido; el espectáculo de la libertad proclamando la igualdad, para que reine la fraternidad entre las dos islas hermanas que divide el canal de San Jorge.

Mientras en Francia se eclipsan sus últimas grandezas, en Inglaterra la gran figura de M. Gladstone cubre sus sienes venerandas con los laureles más puros, intentando por segunda vez, y á los 83 años, como jefe del Gobierno y de los Whigs, la nobilísima empresa de devolver su libertad á la católica Irlanda, que por ella suspira desde el día en que Enrique II Plantagenet, el asesino de Tomás Becket, aprovechándose de las luchas intestinas de sus reyes y principalmente de O'Connor y Dermot, se la arrebató en el año 1171. Desde esta fecha, constantemente ha protestado Irlanda de la tiranía inglesa, constantemente ha luchado por recobrar su llorada libertad. Unas veces lo ha hecho con la arrebatadora palabra de O'Connell, el gigante de la tribuna, que arrastraba con su elocuencia las multitudes, y fulminando ira anonadaba á sus adversarios; otras veces ha luchado valiéndose de la frase elocuente y punzante de Parnell, y por su tenacidad se ha impuesto; ha seguido errado camino con los fenianos acaudillados por O'Donnovan Rosa; ahora se dispone á vencer con Gladstone y los Whigs, con Mac-Carty, Redmond, Dillon, O'Brien y esa bizarra legión de los ciento tres diputados irlandeses.

¿Conoceis un espectáculo comparable al que ofreció la Cámara de los Comunes de Westminster, el lunes 13 de febrero, cuando el insigne octogenario que gobierna el Reino Unido, entró á las tres y media de la tarde en el salón de sesiones, entre los entusiastas hurras y aclamaciones de la asamblea, y luego espuso en medio del silencio y atención más profundos su grandioso proyecto de ley, terminando con las siguientes palabras: «Mi más ardiente deseo, dice, es que no se me crea indiferente á la suerte de ese país desdichado. Triste seria para mí, ya en las postrimerías de mi vida, que fuese censurada mi conducta por haber olvidado ú omitido la adopción de las medidas indispensables para defender una causa, que no es, en mi concepto, de partido ni aún de nación, sino de todos los partidos y de todas las naciones que habitan en nuestras islas. Por el interés, pues, de esas mismas naciones, que ansío ver unidas, poderosas y felices, os ruego y os rogaré, si menester fuese hasta el

instante de exhalar mi último aliento, que dejéis á los muertos que entierren á sus muertos, que relegueis al olvido todo recuerdo de males pasados, y que os sostengais y os ayudeis los unos á los otros á soportar las vicisitudes humanas, y á prosperar y florecer en lo posible en todos los siglos futuros?»

No nos toca exponer aquí ese importantísimo proyecto de ley, ni aún en sus líneas más culminantes; diremos sólo que concede completamente á Irlanda su autonomía administrativa y en gran parte la política, bases suficientes que harán su prosperidad material y su felicidad moral.

Difícil es, sin embargo, que el proyecto tal como está redactado se convierta en ley; y en todo caso sólo se logrará después de una tenaz y prolongada lucha parlamentaria. No sabemos si *the great old man* podrá tener la satisfacción, dada su avanzada edad, de ver coronadas por el éxito sus nobles aspiraciones. De todos modos, cualquiera que sea el resultado que obtenga el *home rule*, que al fin y al cabo se lo deseamos muy favorable, los grandes esfuerzos de Gladstone en pro de la justicia y de la verdadera libertad serán premiados. En el corazón de cada irlandés se elevará un monumento de gratitud á su memoria, y la historia guardará una página de eterna alabanza al gran político, al campeón de la justicia y al defensor de la libertad.

¡Gloria á Gladstone!

J. BARÓ Y COMAS.

EL PASE REGIO

La Real pragmática de 1768, en tiempo de Carlos III, contenida en la ley 9.ª, título 3.º, lib. 2.º, de la Nueva Recopilación, estableció en España el Pase regio, según el cual, para que adquirieran fuerza de ley ciertas disposiciones eclesiásticas, tenían antes que ser vistas y analizadas por el Gobierno de S. M. Esta pragmática quedó en pie en virtud de la Real orden dictada en 16 de Noviembre de 1851.

Ahora bien: el Pase regio tendría razón de ser si la sociedad eclesiástica fuese inferior y dependiente del Estado, si la potestad eclesiástica estuviese supeditada por la civil; en una palabra, sería bien vista la institución del Pase, si la Iglesia de Jesucristo fuese una sociedad sospechosa, si sus decisiones fuesen origen de disturbios, si sus mandatos anidaran gérmenes de revolución y si se aconcharan dentro de sus leyes causas perturbadoras del orden público. Y cosa estraña: ni la Iglesia es superior al Estado, ni sus leyes, mandatos y decisiones son dirigidos á los ciudadanos, sino á los creyentes.

No obstante, el decir que la Iglesia sea una sociedad independiente, autónoma, perfecta, sobrenatural, jurídica y suprema, no es negar la autonomía é independencia del Estado. Antes al contrario, la reconocemos y la respetamos. El Estado es libre, es independiente, como libre é independiente es la Iglesia. El poder civil es autónomo porque Jesucristo vino á redimir á los hombres de la servidumbre del pecado, vino á levantar al hombre caído, pero no vino á gobernar á los pueblos. Verdad es que no hay poder que no venga de Dios, según el Apóstol lo dijo: *Non est potestas nisi à Deo*; pero de la misma manera que un río se bifurca, ha dicho nuestro Balmes, en diversas ramas y después las aguas ya no sufren las potentes avenidas que sufrirían cuando el río no se había bifurcado, de la misma manera la potestad religiosa y la potestad civil, después de haberse bifurcado, cada una de ellas es libre é independiente, al seguir respectivamente diferente curso. El mismo Jesucristo separó las dos potestades cuando dijo: *Reddite Cæsari quæ sunt Cæsaris, reddite Deo quæ sunt Dei*. — Dad al Cesar lo que es del Cesar y á Dios lo que es de Dios; ó lo que es lo mismo, dad á la Iglesia lo que á ella pertenezca y al Estado lo que sea de su incumbencia.

La Encíclica del Pontífice reinante del 1.º de Noviembre de 1885 dice: «La Iglesia es una sociedad perfecta en su clase como lo es la sociedad civil.» Y reconociendo la independencia de la Iglesia, se lee en el «Syllabus»: «La Iglesia es una verdadera y perfecta sociedad, completamente libre, que goza de derechos propios y constantes, como los recibió de su divino Fundador, y no pertenece al Poder civil definirlos ni fijar los límites en que debe ejercerlos.»

Además la Iglesia es una sociedad superior, con respecto al Estado. Basta recordar que es una sociedad jurídica y por ende que no es colegial. Basta tener presente el noble fin á que aspira, la bienaventuranza eterna, y que recibió su poder directamente de Dios.

Pero si la Iglesia es independiente y libre, y libre é independiente es el Estado, esto no quiere decir que han de luchar como enemigos. Las dos sociedades tienen un mismo origen que es Dios; tienen un mismo sujeto, que es el hombre, y tienen un mismo fin, la felicidad humana; la eterna, que es el fin de la Iglesia, y la temporal, que es el fin del Estado.

Ambas sociedades, pues, han de vivir armónicamente y han de marchar paralelas, según se deduce de las razones antedichas. Quien así entiende, como no se puede menos de entender, la independencia y autonomía de las dos sociedades, y la armónica concordia en que deben vivir, verá que el *Pase regio* es una institución que no tiene razón de ser. Nunca el Estado podrá exigir el *Pase*, con justa causa, á unas decisiones que son hijas de una sociedad que le es superior. Existe el *Pase regio*?

pregunta el cardenal Tarquini; luego el Estado mira á la sociedad religiosa, no como á su superiora, sino como á sospechosa; recela de la madre cariñosa y teme que lejos de proporcionar á sus hijos el alimento espiritual, les dé el alimento venenoso, y por esto pone un inspector que examine las doctrinas de la que es la única depositaria de la fe.

El Pase no es inherente á la soberanía, pues en su misma aparición nada tiene de regio. El Pase fué debido á causas excepcionales. Hubo un tiempo en que había un Papa legítimo en Roma y un anti-papa en Avignon. Los dos dictaban Letras apostólicas, y para que los creyentes no titubeasen en admitir las verdaderas, el Papa Urbano VI estableció que los obispos, antes de publicar las Letras apostólicas, las leyeran para cerciorarse de que efectivamente eran del verdadero Papa. El duque de Anjou prohibió á Mont de Pouigdevesains, rector de la Sorbona de París, leer una Bula de Urbano VI, pues el Duque antedicho veía al Papa de Roma como el anti-papa y como verdadero al de Avignon. Igual explicación tiene el caso de nuestro último rey aragonés y catalán, Martín el Humano, prohibiendo leer en Sicilia las Bulas de Urbano VI.

Todos estos ejemplos, como se ve, son debidos á causas incidentales. El origen del Pase regio lo encontramos ya establecido y robustecido en el siglo xv de la Cruz. El rey Juan II de Portugal prohibió de una manera absoluta la publicación de Bulas apostólicas, sin ser antes revisadas y aprobadas por el canceller regio. El Pontífice, actual á la sazón, Sixto IV, y luego su sucesor Inocencio VIII, hicieron comprender al rey lusitano su injusticia, y el rey, como buen católico, retractó su error y sometióse á la pena que le impusiera el Pontífice. Asimismo, retractóse de su error el duque de Compluteimce, que en el siglo xvi lo implantó en Nápoles, pero continúa vigente en las principales naciones europeas, aún en aquellas que se reputan por más católicas.

El Pase regio debe abolirse. El Estado es inferior á la Iglesia y las decisiones de ésta, como dijo el Papa León X, nunca deben ser revisadas y aprobadas por sus súbditos. La Iglesia es una sociedad libre é independiente, y por esto no debe negarse al jefe de esta sociedad, al Pontífice Romano, su libre comunicación con la grey cristiana; el Estado no debe poner trabas á esta comunicación; la sociedad temporal no debe poner cortapisas á la realización de la potestad del Papa, pues esa realización no es más que el cumplimiento del mandato que Dios impusiera á Pedro, á orillas del mar de Tiberiades: *Pasce oves meas, pasce agnos meos.*

JACINTO BOGUÑÁ Y BAXERAS.

Revelación que se dignó hacer Santo Tomás de Aquino

Á UN MAESTRO DEVOTO SUYO EN EL DÍA DE SU FIESTA.

Maestro.—Bendito y loado sea Dios que con vuestra presencia me ha favorecido, glorioso Santo.

Santo.—No podía menos, devoto siervo; le hacían fuerza vuestras oraciones.

M. ¿Las mías?... Imposible, mis pecados se oponen á ello.

Sto. Las de tus discípulos principalmente.

M. ¿Cómo, si están tan distraídos?

Sto. Es natural; pero su candor, su inocencia angelical, suple con creces aquellos defectos. Las oraciones de los niños consiguen de Dios cuanto le piden. Teneis en ellas un poderosísimo recurso para implorar con entera confianza la misericordia del Altísimo.

M. Procuraré aprovecharlo.

Sto. Debes hacerlo, aunque sus distracciones te inspiren desconfianza. ¿Se te ocurre algo?

M. Una pregunta. ¿Cómo conseguisteis vos una sabiduría tan portentosa?

Sto. En la oración y á los pies del Crucifijo.

El Sol de la eterna verdad encarnada, desembarazado ya de la densa niebla de esta carne mortal, alumbró mi inteligencia, ciega antes como la de todo hijo de Adán.

M. Esclareced vos la mía y la de mis tiernos alumnos.

Sto. Eso no lo puedo yo hacer; es obra de la Sabiduría increada. Se lo suplicaré en vuestro nombre y favor. Pero falta algo, que es saberla emplear. Algunos lograron conocimientos vastísimos, y con todos ellos ardiendo están en las infernales hogueras. Otra razón por la que os conviene interponer en vuestras peticiones la mediación de algún Bienaventurado para que ratifiquemos vuestras súplicas. Haré porque el Señor ensanche los horizontes de vuestro entendimiento, y enderece las torcidas inclinaciones de vuestra voluntad.

M. Muchísimas gracias.

Sto. En otra forma deben dársenos á los Santos, más provechosa para vuestras almas.

M. ¿En oraciones?

Sto. Eso mismo. ¿Tienes otra cosa que consultar?

M. ¿De qué suerte, más á vuestro beneplácito honraremos vuestra memoria?

Sto. Sábete que vuestras honras son para nosotros lo que una gota más de agua al Océano. No las necesitamos para nada, ni aumentan en un átomo nuestra cabal felicidad. Buscad siempre

en ellas la mayor gloria de Dios, ó lo que es igual, el mayor provecho vuestro. Ante todo te importa conocer el acierto de vuestro actual Pontífice en declararme especial Patrono de las escuelas católicas. Nadie con más derecho puede aspirar á ese título; porque lo poco ó mucho que sepais, debeislo casi exclusivamente á mis Obras, y á quien me las inspiró. Todo estudiante que me sea devoto, experimentará indefectiblemente los efectos de mi preferente patrocinio. Recuérdaselo con frecuencia á tus educandos. Si, como es justo, deseais hacer hoy algo en muestra de lo mucho que me debeis, entreteneos en recreaciones literarias de buen género, que yo cultivé viviendo sobre la tierra. En ellas no pretendais otra cosa que dar á Dios la honra debida, y ejercitaros vosotros para poder algún día salir á la defensa de la verdad, que yo enseñé constantemente, tan reciamente combatida por los que quisieran desterrarla de entre los hombres. Eso, aparte la función religiosa, que siempre debe ser la primera, es lo que mejor cuadra á vuestras ocupaciones. Todo lo demás de carácter puramente profano, es cuando menos inútil de todo punto.

M. Quedo enterado y agradecido.

Sto. Pues cúmplole fielmente y muestra tu agradecimiento como sabes. No olvides que si siempre acudo á las voces de quien me invoca, en estos días sobre todo, tengo de Dios más libertad para dispensar á mi placer de sus inagotables tesoros de gracias, que distribuyo á manos llenas entre mis devotos. Continúa tú siendo uno de ellos. Dios te acompañe en tus tareas toda tu vida.

M. Amen.

GREGORIO SANFRAND E.

La Sagrada Familia y León XIII.

El *Paese*, Diario de Perusa, ha publicado tres Himnos latinos que recientemente ha compuesto S. S. León XIII, en honor de la Sagrada Familia, y que son dignos, por su clásica forma, de la lira cristiana pulsada por Prudencio y Flaminio. Muchos han visto en esta producción poética de León XIII el proyecto de instituir una fiesta especial en honor de la Sagrada Familia, á la cual S. S. profesa devoción especialísima. Los reproducimos en nuestra Revista, y damos de ellos una versión castellana, hecha en verso, y que acaso sea la primera que de los mismos se haya intentado.

IN SACRAM FAMILIAM
JESUM, MARIAM, JOSEPH

HYMNI

I.

*O lux beata coelitem
Et summa spes mortalium,
Iesu, o cui domestica
Arrisit orto caritas:*

*Maria, dives gratia,
O sola quae casto potes
Fovere Iesum pectore,
Cum lacte libans oscula:*

*Tuque ex vetustis patribus
Delecte custos Virginis,
Dulci patris quem nomine
Divina Proles invocat:*

*De stirpe Jesse nobili
Nati in salutem gentium,
Audite nos qui supplices
Vestras ad aras sistimus.*

*Dum sol redux ad vesperum
Rebus nitorem detrahit,
Nos hic manentes intimo
Ex corde vota fundimus.*

*Qua vestra sedes floruit
Virtutis omnis gratia,
Hanc detur in domesticis
Referre posse moribus.*

II.

*Sacra iam splendent decorata lychnis
Templa, iam sertis redimitur ara,
Et pio fumant redolentque acerrae
Thuris honore.*

*Quid Patris dicam Genito superni
Regios ortus placuisse? parva
Sed domus celat decora et vetustae
Nomina gentis.*

*Arte, qua Ioseph, humili excolendus,
Abdito Iesus iuvenescit aevo,
Seque fabrilis socium laboris
Adiicit ultro.*

«Irriget sudor mea membra, dixit,
 »Antequam sparso madeant cruore:
 »Haec quoque humano sceleri expiando
 «Poena luatit.»

Assidet mater studiosa nato,
 Assidet sponso pia nupta, felix
 Si potest lassis medium per aestum
 Ferre levamen.

O neque expertes operae et laboris,
 Nec mali ignari, miseros iuvate,
 Quos reluctantes per acuta rerum
 Urget egestas:

Demite his fastus, quibus alma ridet
 Faustitas; mentem date rebus aequam:
 Omnia ex vestro licet impetrare
 Numine sancto.

III.

O gente felix hospita
 Augusta sedes Nazarae,
 Quae fovit alma Ecclesiae
 Et protulit primordia.

Sol qui pererrat aureo
 Terra iacentes lumine,
 Nil gratius per saecula
 Hac vidit aede aut sanctius.

Ad hanc frequentes advolant
 Caelestis aulae nuntii,
 Virtutis hoc sacrarium
 Visunt, revisunt, excolunt.

Qua mente Iesus, qua manu
 Optata patris perficit!
 Quo Virgo gestit gaudio
 Materna obire munera!

Adest amoris particeps
 Curaeque Ioseph coniugi,
 Quos mille iungit nexibus
 Virtutis auctor gratia.

Hi diligentes invicem
 In Iesu amorem confluunt,
 Utrique Iesus mutuae
 Dat caritatis praemia.

Sic fiat, ut nos caritas
 Iungat perenni foedere,
 Pacemque alens domesticam
 Amara vitae temperet!

A LA SAGRADA FAMILIA
JESÚS, MARÍA Y JOSÉ

HIMNOS

I

O divina luz del Cielo,
Del mortal suma esperanza,
Jesús, que apenas nacido
Amor del hogar alcanzas:

De gracia fuente, María,
Digna entre todas las madres
De abrigar en casto pecho
A Jesús, y prodigarle
Con la leche, dulces besos:

Y tú, por guarda á María
Dado entre antiguos patriarcas,
A quien dió divina Prole
El dulce nombre de Padre:

Descendientes de la estirpe
De Jessé, noble prosapia,
Para salvar á las gentes,
Oid á los que elevando
Plegarias, permanecemos
Delante vuestros altares.

Mientras el Sol sus fulgores,
De vuelta al ocaso, aparta
De las cosas, aquí fijos
Nuestros votos elevamos
Del fondo de nuestros pechos.

Ojalá que aquella gracia
De toda virtud tesoro
Que floreció en vuestra casa,
Ojalá que en las costumbres
De los hogares arraigue.

II

Llenos de luces los sagrados templos
Ya resplandecen, el altar guirnaldas
Circundan ya, humean incensarios
Y exhalan del incienso religioso
Los perfumes...¿Qué?...por ventura el Verbo,
Aquel que eternamente engendra el Padre,
Se complace en augusto nacimiento?...
No, una pequeña casa guarda ocultos

Ilustres nombres de linaje antiguo.
 Al arte humilde que José profesa
 Dedicase Jesús, en vida oculta
 Jesús crece, teniendo á bien juntarse
 De buen grado al oficio de artesano.

«Riegue el sudor mis miembros, Jesús dijo,
 Antes de que mi sangre derramada
 Los moje: que también es el trabajo
 De humano crimen castigo expiatorio.»
 Solícita la madre al hijo asiste,
 Al esposo prodiga sus cuidados
 Dulce esposa, feliz, si refrigerio
 En los rigores del verano puede
 Llevar á aquellos seres ya cansados.

Vosotros que cuidados y trabajos
 Conoceis y sufristeis tantos males,
 Ayudad á los pobres que luchando
 Contra tantos peligros de la vida
 Agobia la miseria: no hagan mella
 Al pobre los halagos que sonríen
 Al fausto deslumbrante; concededle
 Que su mente por nada se perturbe:
 Todo podemos alcanzarlo, todo,
 De vuestro patrocinio sacrosanto.

III

O dichosa por sus huéspedes,
 De Nazareth santa casa,
 Que cobijó de la Iglesia
 Los fundamentos sagrados!
 El sol que revisa á todos
 Los que en la tierra habitamos
 Con sus áureos resplandores,
 Nada vió jamás más grato,
 Nada jamás más divino
 Que de Nazareth la casa.
 A ésta vuelan con frecuencia
 Desde el celeste palacio
 Los mensajeros, visitan
 Una y otra vez, y acatan
 Este de virtud sacrario.

¡Con qué intención, cuán bien cumple
 Jesús cuanto quiere el padre!
 ¡Con qué alegría la Virgen
 Los deberes de una madre
 Poner por obra suspira!
 No va de la esposa en zaga
 En amor y en diligencia
 José, pues aquella gracia

Que de virtud es la fuente
Los ha unido con mil lazos.

Ambos á dos refundiendo
Sus amores en un cauce
Hacia Jesús los dirigen,
Y á los dos Jesús reparte
De este mutuo amor los premios.

¡Ojalá que con durable
Alianza nos reuna
A todos caridad santa,
Y endulce la amarga vida
La paz del hogar creando.

T. V. E.

A MI CANARIO

Avecilla cariñosa,
Cuando exhalas tus acentos,
¿Cuáles son tus sentimientos,
¿Cuáles tus ideas? dí;
Pobrecita, aquí encerrada
Como un miserable reo,
Cuando lanzas un gorjeo,
Qué pasa dentro de tí?

Qué ilusiones te acarician?
Qué sueños tu cuna mecen?
Qué visiones te aparecen
Que te obligan á cantar?
Dame, tierno pajarito,
De tu corazón la llave,
Que mi pecho también sabe
Sentir, sufrir y llorar.

¿Es que sientes el cariño
De un amigo que te vela,
Que te acaricia y consuela,
Que suaviza tu prisión?
Es que grato á mis anhelos,
Si ves sombría á mi alma
Quieres devolver la calma
A mi triste corazón?

Es que ves negro fantasma
Que te sigue impertinente?
Es que tu pecho presiente
Alguna cruel maldad?

Es que sufres la nostalgia
De un amor correspondido,
O gimes porque has perdido
Tu anhelada libertad?

Si al despuntar de la aurora
Percibes en tus oídos,
Los ecos casi perdidos
Del canto de un ruiseñor,
Y tu pecho late entonces
Y su compañía anhela....
La puerta abierta.... vé; vuela,
Vuela en busca del cantor.

No quiero que entre los hierros
Deshojas tus ilusiones;
Vé en busca de corazones
Que aún palpiten por tí;
Sé feliz; mas cuando el llanto
Deba humedecer tus ojos,
No temas, no, mis enojos,
Avecilla, vuelve á mí.

Si es que pagas las caricias
De mi mano cariñosa,
Quisiera ser una rosa
Para entenderte mejor;
Diz que vosotras y ellas
Teneis un lenguaje mudo;
Lo creo, que Dios no pudo
Crearos sin el amor.

Si es así, canta tus trinos
 Con acentos de hermosura,
 Canta, canta la dulzura
 De la bella gratitud;
 Y no sientas, avecilla,
 En esta jaula encerrada
 La tristeza despiadada
 De la dura esclavitud.

Mira que allá en los verjeles
 Quizás cantando á una rosa,
 Hallaron muerte alevosa
 Pagando su libertad,

Avecillas que algún día
 Ingratas abandonaron
 A un amigo en quien probaron
 Amor, cariño y bondad.

Olvida estraños amores
 Que son mentidos halagos,
 Que son fantasmas aciagos
 Que turban la placidez;
 Canta, canta, que á mi lado
 Junto á un amigo, avecilla,
 Verás la dicha cuál, brilla
 Mas hermosa cada vez.

R. O. E.

CARTAS

AL JOVEN CONRADO SOBRE LA IDEA DE LA VERDADERA RELIGIÓN

IX

Mi querido Conrado: Ya me esperaba que te decidirías por pedirme que te hable del santo Sacrificio de la Misa. «Como tengo costumbre de oír Misa diaria, me dices, mucho te agradeceré que me expongas la relación que guarda el Sacrificio del Altar con la idea de la verdadera religión que vas desarrollando. Como me has abierto nuevos horizontes, al hablarme del Bautismo, de la Penitencia y de la Eucaristia, la esperanza de que me digas algo nuevo y provechoso sobre la Misa, me empeña á suplicarte con encarecimiento, que pues te has brindado á hablarme de ella, no dejes de hacerlo en la siguiente carta. Sólo te ruego que huyas en lo posible del tecnicismo de las escuelas teológicas, porque no sabiendo yo de teología, me sucede á veces quedarme con alguna oscuridad en los pasajes en que quisiera ver más claramente, y en estas materias de tanta trascendencia importa muy mucho saber á qué atenerse.»

Puesto que lo deseas, amigo Conrado, hablemos de la Misa. Y respecto al empleo del tecnicismo escolástico, procuraré en lo posible complacerte, bien que es harto difícil explicar ciertas cuestiones teológicas, valiéndose sólo del lenguaje usual y corriente. Cuando me vea obligado á recurrir al tecnicismo de las escuelas, para mejor deslindar las ideas, procuraré explicarte con palabras de uso frecuente el pensamiento teológico en aquellas condensado, como si bien lo reparas, lo he venido practicando hasta aquí, si no siempre, á lo menos en muchísimas ocasiones. Y si á pesar de esta mi diligencia, todavía te he presentado

con cierta oscuridad alguno de los puntos explanados, no todo se debe á mi torpeza, bien que ésta deba entrar en mucha parte, sino que hay materias que de suyo son inextricables, por pertenecer á las nebulosas regiones del misterio, donde la fe confiesa y adora, y la razón acata y enmudece. Ahora, en todo lo que no pertenezca al fondo esencial del Dogma, tienes razón en exigirme una claridad que deje satisfecha á la inteligencia.

Empecemos por formarnos un concepto bien claro y definido del Sacrificio de la Misa. Para lo cual, creo yo muy pertinente, que con la imaginación nos trasportemos ambos allá á la cima del Calvario, y contemplemos reverentes la sangrienta escena que tuvo lugar, el año 33 de nuestra Era, cuando Jesús, crucificado entre dos criminales, exhalaba su último suspiro, entre el abandono del cielo, las blasfemias de los hombres, el llanto de los ángeles y las convulsiones de la naturaleza. Murió de esa manera el Redentor de los hombres, á pesar de ser Hijo de Dios, porque asumió voluntariamente la representación de la humanidad pecadora; porque en nombre de todos los hombres quiso satisfacer á la Justicia divina; porque quiso acumular merecimientos en favor de toda la descendencia adamítica, y ponerla en camino de sus destinos inmortales; porque se propuso reconciliar á Dios con el hombre, asegurando á Dios el homenaje que la humanidad le debía, y asegurando al hombre los bienes que el Creador le tenía destinados. Era aquella muerte un sacrificio digno en todo de la Divinidad: aquella Víctima de valor infinito, inmolada en reconocimiento del dominio supremo de Dios, constituía un acto de adoración, que compensaba al Eterno de todas sus operaciones creadoras; ofrecida, en nombre de la humanidad, por los beneficios que ésta del Creador tenía recibidos, justificaba la solicitud paternal de la divina Providencia en favor del linaje humano; sacrificada en satisfacción de las transgresiones morales, con que el hombre podía ofender á su Creador, dejaba plenamente vindicada la Justicia divina; presentada al Altísimo en demanda de los auxilios, que el hombre viador necesita para llegar al logro de sus destinos, abría los tesoros de la infinita misericordia y ponía al hombre en camino de su salvacion eterna. Los teólogos dicen todo esto en menos palabras, y con lenguaje más expresivo, consignando que el Sacrificio del Calvario fué *latréutico*, por cuanto se ofreció á Dios en reconocimiento de su dominio soberano; *eucarístico*, por cuanto se ofreció en acción de gracias por los beneficios de Dios recibidos; *propiciatorio*, por cuanto se ofreció por la remisión de todos los pecados; é *impetratorio*, por cuanto se ofreció para asegurar al hombre los auxilios que necesitaba para llegar á su destino.

Por donde verás, que Cristo en la Cruz ofreció al Eterno Padre un verdadero sacrificio, oficiando de Sacerdote y ponién-

dose como víctima. Pues bien, la Misa es la reiteración, es la continuación de ese mismo Sacrificio, puesto que de él no se diferencia esencialmente, sino sólo de una manera accidental, esto es, sólo en cuanto á la forma en que el Sacrificio es ofrecido y realizado, puesto caso que en la Cruz hubo muerte real, y en la Misa sólo se da la muerte mística de Cristo; en la Cruz Cristo se ofreció á Sí propio como Víctima real y viviente, mientras que en la Misa es el Sacerdote quien ofrece la Víctima divina; en la Cruz la Víctima que se inmolaba adquirió méritos de vida eterna y pagó el rescate de nuestra redención, mientras en la Misa se nos aplican aquellos mismos merecimientos acumulados en el Calvario. Pero este incruento Sacrificio del Altar es en el fondo de su esencia el mismo que el sangriento de la Cruz, puesto que la Víctima ofrecida una sola vez en el Gólgota es la que cotidianamente se ofrece sobre el Altar, y los motivos que determinaron la oblación de aquel sacrificio sangriento, son los que determinan la reproducción del incruento sacrificio de la Misa; el cual es, como el de la Cruz, *latréutico, eucarístico, propiciatorio é impetratorio*. Por esto declaró el Concilio Tridentino —Sess. 22, 1, 2— que el Ministro primario del Sacrificio de la Misa es Cristo, quien ahora se ofrece por ministerio de los Sacerdotes, como personalmente se ofreció un día sobre la Cruz; Cristo es el principal oferente, Cristo es la víctima ofrecida. De donde debes colegir, querido Conrado, que la Misa tiene de suyo, ó por respeto á la Víctima ofrecida, un valor verdaderamente infinito, porque esa Víctima es Cristo, Dios y Hombre verdadero.

Pero si este estudio ha de ser aclaratorio de la idea fundamental que voy desenvolviendo, más que al valor de la Misa, hemos de atender á los frutos que de ella se perciben. Los cuales frutos provienen, ya de parte del oferente, ya de parte de la Víctima. Y como quiera que son dos los oferentes, esto es, Cristo, oferente principal, y el Sacerdote, oferente secundario, produce la Misa dos clases de frutos: el fruto, llamado por los teólogos *ex opere operato*, que es esencial al sacrificio, y proviene de los méritos de la Pasión y Muerte de Cristo, siendo completamente independiente de la santidad, devoción y dignidad del Sacerdote; y el fruto, llamado teológicamente *ex opere operantis*, que es accidental y variable, por corresponder á los méritos y devoción del Sacerdote que celebra. Ese doble fruto, que proviene de la calidad del oferente, puede ser *general, especial y especialísimo*: es general, en cuanto el Sacerdote celebra en nombre de la Iglesia, y de él participan todos los fieles, aún los que no asisten á la Misa, pues para toda la Iglesia es la Misa un sacrificio impetratorio y propiciatorio, ya que en representación de toda la familia cristiana el Sacerdote ofrece á Dios una Víctima de valor infinito, en demanda de los auxilios necesarios y en remisión de los pecados cometidos: es especial el fruto de la Misa, para

aquel por quien el Sacerdote la aplica, y ese tal participa del Sacrificio *ex opere operato*, de un modo indefectible, en cuanto es sacrificio impetratorio y propiciatorio, y no habiendo óbice, en cuanto es satisfactorio: es, por último, especialísimo el fruto de la Misa, para el Sacerdote oferente, que ejerce un acto de suyo meritorio, que comunica y trata directa y familiarmente con Dios, y que de un modo más personal y efectivo contribuye á la glorificación divina y á la santificación de las almas.

Sacarás de todo lo expuesto, querido Conrado, que en el Sacrificio de la Misa es donde principalmente y de un modo más sustantivo, tiene efecto aquella comunicación vital entre Dios y el hombre de que tantas veces te he hablado, y en la cual pongo la esencia de la Religión verdadera. Si al morir Cristo en la Cruz se ofreció al Eterno un Sacrificio que reconciliaba al Cielo y á la Tierra, al renovarse ese mismo Sacrificio, de un modo incruento, sobre el Ara de nuestros Altares, prodúcese entre el Creador y la criatura una corriente de vida, que borra la distancia que el pecado había establecido entre Dios y los hombres. Y como el Sacrificio del Altar se ofrece á Dios incesantemente en ambos hemisferios, en todos los continentes, en todas las zonas, en todas las Islas donde es venerada la Cruz, no hay un momento, ni del día ni de la noche, en que no pueda afirmarse que el Hijo de Dios desciende, á la voz del Sacerdote, desde las alturas eternas, desde las cumbres del empíreo, para comunicar con los redimidos en el templo cristiano: ni hay tampoco momento alguno, en que la Iglesia, por el ministerio sacerdotal, no ofrezca al Altísimo el homenaje de adoración infinita que presupone la celebración de la Misa. No hay hora alguna, de las 24 en que el día está repartido, en que no pueda decirse: ahora se celebran Misas, bien sea en Europa, bien en América, bien en Asia ó en Oceanía; lo cual equivale á afirmar que Dios desciende de los cielos al seno de la Iglesia, para comunicarle su vida, y que la Iglesia envía á los cielos al mismo Jesucristo, convertido en Hostia propiciatoria, eucarística é impetratoria; que Dios da á los hombres cuanto puede darles; que los hombres devuelven á Dios, cuanto puede recibir el que por su esencia es Infinito. Aquella aproximación entre el cielo y la tierra operada por el Sacrificio del Calvario, se renueva incesantemente por el Sacrificio del Altar: ni del Cielo puede bajar más á la Tierra, ni de la Tierra puede subir más al Cielo.

La majestad infinita del Eterno no puede aspirar á una adoración más completa. Si sobre la ensangrentada cumbre del Calvario se entregó Cristo por nosotros, por ofrenda y víctima de un olor muy agradable y muy acepto á los ojos de Dios, como dice S. Pablo á los Efesios—Cap. V, v. 2—ahora se ofrece de un modo ininterrumpido sobre el Ara de nuestros altares, continuando la obra allí iniciada, de modo que bien pudo decir el Eterno Padre,

por labios del Profeta Malaquías—Cap. I, v. 11:—«Desde donde sale hasta donde se pone el Sol, grande es mi nombre entre las naciones, pues en todo lugar se sacrifica y se ofrece á mi nombre una víctima pura; porque grande es mi nombre en las naciones, dice el Señor de los ejércitos.» Dios y toda la Corte celestial tienen su atención y su amor puestos sobre la Tierra, donde siempre la humanidad redimida, la Iglesia, está ofreciendo ese Sacrificio que vale tanto como el mismo Cielo; y ni aún los himnos de alabanza que los Bienaventurados de la gloria cantan en honor del Altísimo, le complacen á Este tanto, como esa adoración que la humanidad viadora le rinde, ofreciendo la Víctima divina sacrificada constantemente en nuestros templos. Ahí está el fondo sustancial de la religión cristiana, querido Conrado. Ahí es donde el hombre honra dignamente á Dios. Ahí donde el Creador recoge á manos llenas el fruto del árbol de la Cruz. Ahí donde hallan su plena realización los planes eternos relativos á la creación del Universo y á la redención del género humano.

Por esto, no extrañarás que te recomiende, como la más excelente de las prácticas religiosas, la asistencia al Sacrificio de la Misa. Mayormente si tienes en cuenta que los fieles, al asistir á la Misa, no desempeñan una función meramente pasiva; sino que sacrifican y ofrecen en unión del Sacerdote, quien obra como ministro de la sociedad creyente, y no como persona privada. No sólo ofrece el Sacrificio por todos los fieles vivos y difuntos, y de un modo especial por los circunstantes, sino que habla en nombre de la comunidad cristiana y en nombre de ella ruega, y en nombre de ella bendice al Altísimo, é impetra su gracia y solicita sus misericordias. No dice el Sacerdote: «te ofrezco este sacrificio,» sino: «*te ofrecemos* la Hostia pura, la Hostia santa, la Hostia inmaculada, el Pan santo de vida eterna y el Caliz de la salud perpetua.» No dice: «te suplico, Dios omnipotente, que recibas este sacrificio,» sino: «Con ruegos te pedimos, omnipotente Dios, que estas ofrendas sean llevadas por manos de tu ángel á tu sublime altar, á la presencia de tu majestad, para que todos los que hemos llenos de toda bendición y gracia celestial, por el mismo Cristo, Señor nuestro.» Piensa, pues, cuando asistes á la Misa, que por tí desciende el Hijo de Dios, desde la diestra del Padre á las manos del Sacerdote, y que éste en nombre de todos los fieles la sacrifica y la ofrece al Eterno, y que en ese acto de adoración infinita puedes tú tomar una parte activa, y que harás, adhiriéndote á las intenciones del Ministro oferente, más en obsequio de Dios, que con cualesquiera otras prácticas de devoción á que pudieras consagrarte.

Es indudable, querido Conrado, que son muchas las ofensas que á Dios hacen los cristianos, y no parece sino que muchos de ellos más que en honor de Dios, emplean en su desacato los do-

nes de naturaleza y los carismas de la gracia con que el Señor tan pródicamente los ha enriquecido. Pero prescindiendo de lo que á éste ó al otro en particular atañe, fijate por un momento en la alabanza incesante y de valor infinito que á Dios se eleva desde nuestros templos, y de seguro que hallarás ser más lo que á Dios honramos que lo que le ofendemos. Las millares y millares de veces que cotidianamente nuestros Sacerdotes, esparcidos por toda la superficie del globo terráqueo, ofrecen al Altísimo el incruento y divino Sacrificio, compensan superabundantemente á la Divinidad, de las innumerables ofensas que los redimidos le infieren, y bien que los ecos de nuestras injurias lleguen estrepitosos hasta las bóvedas celestiales, deben allí ser ahogados por los himnos de adoración infinita que se entonan al rededor de nuestros altares. Como columna de incienso perfumado, suben al cielo las adoraciones de los ministros del Sacrificio, y esparcen el aroma de la santidad por las regiones de la eternidad beatífica, complaciendo á Dios que se felicita de haber creado á los hombres.

Recuerda, querido Conrado, los efectos del holocausto ofrecido por Noé, en las vertientes del Ararat, cuando hubo salido del Arca, y tendrás una imagen, bien que bastante pálida, de los efectos producidos por el Sacrificio del Altar. Salidos del arca los que sobrevivieron al Diluvio, edificó Noe un altar al Señor, y tomando de todos los animales y aves algunos ejemplares, ofreció un holocausto sobre el altar, «y aspiró el Señor el olor de suavidad y dijo: Nunca jamás volveré á maldecir á la tierra por causa de los hombres, pues los sentidos y pensamientos del humano corazón están inclinados al mal desde su adolescencia: por esto nunca más volveré á herir á toda alma viviente, como lo hice.» Donde debes considerar, cómo aquel Dios, tan justiciero y tan celoso de su gloria, que habia querido lavar las iniquidades humanas con las aguas de un Diluvio, luego que aspiró el perfume de un holocausto material, que representaba el holocausto de su propio Hijo, se mostró tan trocado y tan benigno, que no sólo se comprometió á no mandar un segundo diluvio sobre la tierra pecadora, pero se adelantó á excusar las fragilidades de los hombres, inclinados al mal desde su adolescencia. Aquel mismo Dios que *tocado del dolor íntimo de su corazón*, habia dicho: «Raeré de la faz de la tierra al hombre que he creado, y desde el hombre hasta los animales, y desde los reptiles hasta las aves del cielo, *pues me pesa de haberos hecho;*» una vez se le ha ofrecido el holocausto que era figura del Sacrificio de la Cruz y del Altar, se ablanda y se enternece y promete mitigar su severidad, y excusa á los pecadores alegando sus juveniles concupiscencias. ¿Qué no hará ese mismo Señor, ahora en plena ley de gracia, cuando incesantemente lleguen hasta su presencia las divinas fragancias emitidas por los innumerables Sacrificios que sobre nuestros altares se

le ofrecen? ¿Y cuánto más propicio y más amoroso se ostentará para con la humanidad redimida, á la vista de los altares cristianos, donde sin interrupción se le sacrifica y ofrece una Víctima de valor infinito?

Quisiera, Conrado amigo, que te fijaras bien en estas relaciones divino-humanas, que son efecto necesario del Augusto Sacrificio de la Misa. Hazlo así, y comprenderás cuán esencial es ese Sacrificio á la Religión. Verás que las sectas protestantes que han abolido el santo Sacrificio de la Misa, sustituyéndolo con cánticos, himnos y plegarias, ni pueden honrar debidamente á Dios, ni pueden alegar derecho suficiente á la vida sobre natural de la gracia. Una sola Misa celebrada por el más humilde Sacerdote católico, supone en honor de Dios mucho más, infinitamente más, que todas las alabanzas y prácticas religiosas llevadas á efecto por todos los protestantes de buena fe, desde el siglo xvi hasta nuestros días. Y como la Iglesia católica aventaja á las sectas disidentes en la glorificación de Dios, también puede asegurar á sus hijos una mayor participación de la vida divina, mayor comunicación de bienes sobrenaturales, facilidades de remisión de pecados que aquéllas no pueden obtener en manera alguna. El culto de adoración que en la Iglesia católica se tributa á Dios, es digno de la Majestad divina, y no puede serlo el que le rinden las sectas que no creen en la Misa; y por esta misma razón, la vida sobrenatural, la vida divino-humana que Cristo nos mereciera, se comunica á los católicos sin tasa y sin medida y no puede comunicarse á aquellos falsos cristianos, que no adoran á Dios mediante el Sacrificio del Altar, que no le adoran en unión de su Eterno Hijo, que no le adoran del modo adecuado y digno en que le adoramos los verdaderos creyentes.

Pongo punto final á esta serie de observaciones, querido Conrado, y me propongo desde mi próxima carta atenerme á un nuevo orden de consideraciones. Voy á hablarte de la caída de nuestros primeros Padres, y de la influencia que ejerció en el sistema de la Redención y en el establecimiento de la Religión verdadera. Quizás tendrás que rectificar no pocas ideas, acerca del lugar que en los planes divinos ocuparon las escenas paradisíacas. Pero no quiero anticipar especies que á su debido tiempo serán desarrolladas, y me despido, recomendándote que no dejes de mandar á tu afmo. a. y s. s. q. t. m. b.

O. S.

Barcelona 7 de Marzo de 1893.



PENSAMIENTOS

Muchas veces he oído decir, que es más seguro oír y tomar un consejo, que darlo. También puede suceder que el parecer de uno sea acertado, pero el no querer condescender con los demás, cuando así lo pide la razón ó las circunstancias, es señal de soberbia y terquedad.

Kempis.

*
* *

Amor de mujer casta, perpetuo es.

Séneca.

*
* *

Una sola acción de Sócrates, la última, deslustró la sabiduría de toda su vida y principalmente de toda su muerte. Es inconcebible, como muriendo por la santa causa de la verdad divina, termina su sacrificio por un acto de idolatría y de superstición, mandando que se inmole un gallo á Esculapio. Semejante acto de infidelidad á sus principios permanecerá eternamente sobre su memoria, como una mancha que oscurecerá su brillo.

Augusto Nicolás.

*
* *

Aunque los que gobiernan no creyesen en la moral, siempre tendrían interés en persuadir que son hombres de bien, y que hacen buen uso de su poder.

Napoleón.

*
* *

Las mujeres jóvenes que no quieran parecer enamoradas, y los hombres viejos que no quieren ser ridículos, no deben jamás hablar del amor como de una cosa en que puedan tener parte.

Laroche.

*
* *

La exageración del amor propio, la soberbia, no siempre se presenta con un mismo carácter. En los hombres de temple fuerte y entendimiento sagaz es orgullo; en los flojos y poco avisados

es vanidad. Ambos tienen un mismo objeto, pero emplean medios diferentes. El orgulloso sin vanidad tiene la hipocresía de la virtud; el vanidoso tiene la franqueza de su debilidad. Lisonjeado al orgulloso y rechazará la lisonja temeroso de dañar su reputación haciéndose ridículo; de él se ha dicho con verdad que es demasiado orgulloso para ser vano. El simplemente vanidoso padece una verdadera sed de alabanza, y no como quiera, sino que necesita oírlo él mismo. El orgulloso siente en el fondo de su corazón viva complacencia en la alabanza, pero aparenta rechazarla. El orgulloso, despierta en los demás indignación; el simplemente vano suele provocar la burla.

Balmes.

*
* *

Hay personas que por querer sutilizar y profundizar demasiado las cosas, pasan de la verdad, los cuales se alejan tanto de ellas como el vulgo, que no la alcanza por su grosera ignorancia.

Bautaim.

*
* *

El maestro del lenguaje, es el pueblo.

Platón.

*
* *

La moral de los republicanos no acostumbra á ser severa: ellos se permiten sin escrúpulo todo lo que favorece á su partido ó á su opinión; pero muchas acciones que se llamarían *virtuosas* en una república, serían siempre *delitos* en una monarquía.

Napoleón.

*
* *

En hacienda el mejor medio de conservar el crédito, es no apelar á él. Los impuestos sostienen á un Estado, los empréstitos le arruinan.

Collbert.

*
* *

Todas las pasiones nos hacen incurrir en defectos, pero el amor nos hace incurrir en los más ridículos.

Servet.

RECOGIDOS POR N. P. Y D.